



# Balzac

LA COMEDIA HUMANA

*Los Chuanes*

*Una pasión en el desierto*



TOMO XXII

*«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».*

Balzac

HONORATO DE BALZAC  
LA COMEDIA HUMANA  
EDICION PREPARADA POR  
AUGUSTO ESCARPIZO  
Tomo XXII  
EDITORIAL LORENZANA  
BARCELONA

ESTE TOMO COMPRENDE LAS SIGUIENTES OBRAS:

Los Chuanes

Una pasión en el desierto

*Traducción: Antonio Ribera*

# LOS CHUANES

A

M. THÉODORE DABLIN,  
NEGOCIANTE

*Al primer amigo, la primera obra.*

BALZAC.

## LA EMBOSCADA

*Ella era de una belleza perfecta.*

*Ella le dijo: ¿Quién soy yo para oponerme a los deseos de mi señor? Serviros según vuestra voluntad será motivo de júbilo hasta mi último día.*

*Y con toda su fuerza le hirió dos veces en el cuello, cortándole la cabeza.*

Judit, cap. 8-12-13.



En los primeros días del año VIII, al comienzo de Vendimiario, o, para atenernos al calendario actual, a fines del mes de septiembre del año 1799, un centenar de campesinos y un número bastante crecido de burgueses que habían salido por la mañana de Fougères en dirección a Mayenne subían por la montaña de la Pèlerine, situada aproximadamente a mitad de camino entre Fougères y Ernée, lugar en el que los viajeros acostumbran descansar. Ese destacamento, dividido en grupos más o menos numerosos, lucía una colección de trajes tan extravagantes y reunía individuos pertenecientes a localidades o profesiones tan diversas que no estará de más describir sus características diferencias para infundir a esta historia los vivos colores que

hoy tanto se aprecian, aunque, según ciertos críticos, perjudiquen la pintura de los sentimientos.

La mayoría de los campesinos —y lo eran casi todos— iban descalzos, llevando por todo vestido una gran piel de cabra que les cubría desde el cuello hasta las rodillas, y unos pantalones de tela blanca muy basta, cuyo hilo maltundido acusaba la incuria industrial del país. Los mechones aplastados de sus largos cabellos se confundían de tal manera con los pelos de la piel de cabra y ocultaban tan completamente sus rostros inclinados hacia el pecho, que fácilmente habría podido tomarse aquella piel por la suya, y confundir a primera vista aquellos infelices con los animales cuyos despojos les servían de vestidura. Pero a través de sus greñas, en el acto se veía brillarles los ojos como gotas de rocío en una espesa verdura, y sus miradas, aun anunciando la inteligencia humana, causaban ciertamente más terror que placer. Se cubrían la cabeza con una mugrienta gorra de lana roja, parecida al gorro frigio que la República adoptó entonces como emblema de la libertad.

Todos llevaban al hombro un garrote de roble nudoso, de cuyo extremo pendían unas largas alforjas de tela, escasamente surtidas. Otros llevaban, sobre la propia gorra, rodeándola, un tosco sombrero de fieltro de anchas alas, adornado con una especie de felpilla de lana de diversos colores. Éstos, vestidos totalmente con la misma tela de los pantalones y las alforjas de los primeros, apenas presentaban nada en su atavío que correspondiese a la nueva civilización. Los largos cabellos les caían sobre el cuello de una chaqueta redonda, con pequeños bolsillos cuadrados en los lados y que sólo les llegaba hasta las caderas, traje propio de los campesinos del Oeste. Debajo de la chaqueta abierta podía verse un chaleco de la misma tela, con gruesos botones. Algunos calzaban zuecos, y otros, por economía, llevaban los zapatos en la mano. El traje, sucio por su largo uso, ennegrecido por el sudor o el polvo y menos original que el precedente, tenía el mérito histórico de servir

de transición al atavío casi suntuoso de algunos hombres que, diseminados entre aquella tropa, destacaban como ramilletes. En efecto, sus pantalones de tela azul, sus chalecos rojos o amarillos adornados con dos hileras paralelas de botones de cobre y semejantes a corazas cuadradas, contrastaban tan vivamente con los trajes blancos y las pieles de sus compañeros como los ancianos y las amapolas en un trigal. Algunos calzaban esas galochas que los campesinos de la Bretaña se hacen ellos mismos, pero casi todos llevaban gruesos zapatos claveteados y trajes de un paño muy basto, cortados como los antiguos trajes franceses, cuya hechura todavía conservan religiosamente nuestros campesinos. El cuello de la camisa se lo abrochaban con botones de plata que figuraban corazones o áncoras. Sus alforjas, por último, parecían mejor provistas que las de sus compañeros; además, muchos de ellos añadían a su atuendo de viaje una calabaza, sin duda, llena de aguardiente, que llevaban colgada del cuello por un cordón. En medio de aquellos hombres casi salvajes, aparecían algunos ciudadanos como para subrayar el último extremo de la civilización de aquellas regiones. Cubiertos con sombrero redondo, clac o gorra; calzados con botas enterizas o zapatos protegidos con polainas, ofrecían, como los campesinos, notables diferencias en su manera de vestir. Una docena de ellos llevaban la chaqueta republicana conocida por el nombre de carmañola. Otros, seguramente ricos artesanos, vestían de pies a cabeza con paño del mismo color. Los más afectados en su atavío se distinguían por el frac y la levita de paño azul o verde y más o menos raídos. Éstos, verdaderos personajes, calzaban botas de diversas formas y jugueteaban con gruesos bastones, como personas que ponen al mal tiempo buena cara. Algunas cabezas cuidadosamente empolvadas o unas coletas bastante bien trenzadas revelaban esa especie de atildamiento que inspira un comienzo de fortuna o de educación.

Quien contemplase aquellos hombres sorprendidos de verse juntos y congregados como al azar, hubiera dicho que se trataba de los vecinos de un pueblo arrojados de sus hogares por un incendio. Pero la época y el lugar daban un cariz completamente distinto a esa masa de hombres. Un observador iniciado en los secretos de las discordias civiles que entonces agitaban a Francia, hubiera podido reconocer fácilmente a un pequeño número de ciudadanos con cuya fidelidad la República debía de contar entre aquella tropa, compuesta casi enteramente por unas gentes que cuatro años antes habían guerreado contra ella. Un último rasgo bastante sobresaliente desvanecía toda duda acerca de las opiniones que dividían a aquel grupo. Solamente los republicanos caminaban con cierta alegría. Por lo que se refiere a los restantes individuos de la tropa, si bien ofrecían sensibles diferencias en cuanto al traje, su rostro y su actitud tenían esa expresión uniforme que da la desgracia. Tanto los burgueses como los campesinos mostraban la huella de una profunda melancolía; su silencio tenía algo de huracán, y parecían abatidos bajo el yugo de un mismo pensamiento, sin duda terrible, pero cuidadosamente oculto, pues su expresión era impenetrable, aunque la lentitud poco ordinaria de su marcha podía indicar unos cálculos secretos. De vez en cuando, algunos de ellos que se destacaban por los rosarios que llevaban colgando del cuello, a pesar del peligro en que incurrían al conservar aquel signo de una religión más suprimida que destruida, sacudían sus cabellos y alzaban la cabeza con recelo. Entonces, y a hurtadillas, examinaban el bosque, los senderos y los pedregales en que se encajonaba el camino, pero de la manera con que un perro husmea el aire y trata de olfatear la caza; luego, al no percibir más que el monótono ruido de los pasos de sus silenciosos compañeros, bajaban de nuevo la cabeza y recobraban su disimulado desespero, como si fuesen criminales conducidos a presidio, para vivir en él, y para morir en él.

La marcha de aquella columna hacia Mayenne, los elementos heterogéneos que la componían y los diversos sentimientos que expresaba, se explicaban de manera muy natural por la presencia de otra tropa que constituía la cabeza del destacamento. Alrededor de ciento cincuenta soldados con armas y bagajes, abrían la marcha, bajo el mando de un *jefe de media brigada*. No estará de más indicar a quienes no asistieron al drama de la Revolución que esta denominación sustituía el título de coronel, proscrito por los patriotas como demasiado aristocrático. Esos soldados pertenecían al depósito de una media brigada de infantería de guarnición en Mayenne. En aquellos tiempos revueltos, los habitantes del Oeste llamaban *azules* a todos los soldados de la República. Este apodo se debía a los primeros uniformes azules y rojos, cuyo recuerdo aún está bastante fresco para que sea necesaria su descripción. El destacamento de azules servía, pues, de escolta a ese apiñamiento de hombres, casi todos descontentos de que los condujesen a Mayenne, donde la disciplina militar no tardaría en infundirles un mismo espíritu, un mismo aspecto, dándoles una apariencia uniforme de la que entonces carecían por completo.

Aquella columna era el contingente reclutado a duras penas en el distrito de Fougères, y que éste debía proporcionar para la leva que el Directorio ejecutivo de la República francesa ordenó por una ley del 10 de Mesidor precedente. El gobierno había solicitado cien millones y cien mil hombres, a fin de enviar socorro inmediato a sus ejércitos, entonces derrotados por los austríacos en Italia, por los prusianos en Alemania y amenazados en Suiza por los rusos, a los que Souvarov ofrecía el espejuelo de la conquista de Francia. Los departamentos del Oeste, conocidos bajo el nombre de Vendée, la Bretaña y una parte de la baja Normandía, pacificados desde hacía tres años gracias al general Hoche después de una guerra de cuatro años, parecían haber escogido aquel momento para reanudar la lucha. Ante tantas agresiones, la República recobró su primi-

tiva energía. De momento, confió la defensa de los departamentos atacados poniéndola en manos de los habitantes patriotas por un artículo de la citada ley de Mesidor. El gobierno, en efecto, como no disponía de tropas ni de dinero en el interior, eludió esta dificultad con una gasconada legislativa: al no poder enviar nada a los departamentos levantiscos, les otorgaba su confianza. Tal vez esperaba que esta medida de armar a los ciudadanos unos contra otros sofocaría la insurrección en sus comienzos. Aquel artículo, fuente de funestas represalias, estaba así redactado: *Se organizarán compañías francas en los departamentos del Oeste*. Esta impolítica disposición hizo que el Oeste adoptase una actitud tan hostil que, desde el primer instante, el Directorio desesperó de triunfar. Así, pocos días después, pidió a las Asambleas que dictasen medidas particulares sobre los ligeros contingentes que había que reclutar, en virtud del artículo que autorizaba las compañías francas. Por lo tanto, una nueva ley promulgada pocos días antes del comienzo de esta historia, y que entró en vigor el tercer día complementario del año VII, ordenaba que se organizaran en legión aquellos escasos contingentes de reclutas. Las legiones debían llevar el nombre de los departamentos del Sarthe, del Orne, del Mayenne, de Ille-et-Vilaine, del Morbihan, del Loira Inferior y de Maine y Loira. *Estas legiones, rezaba la ley, especialmente destinadas a combatir a los chuanes, bajo ningún pretexto podrán llevarse a las fronteras*. Unos y otros detalles, fastidiosos pero ignorados, explican no sólo el estado de debilidad en que se encontraba el Directorio, sino la marcha de aquel rebaño de hombres conducido por los azules. Quizá tampoco esté de más añadir que aquellas bellas y patrióticas decisiones "directoriales" no fueron nunca puestas en ejecución, a no ser que se considere así su inserción en el *Boletín de las leyes*. Al no hallarse ya sostenidos por grandes ideas morales, por el patriotismo o por el terror, que antes los hacían ejecutorios, los decretos de la República creaban millones y solda-

dos que no entraban en el Tesoro ni en el ejército. El resorte de la Revolución se había gastado en manos inhábiles, y las leyes recibían en su aplicación el sello de las circunstancias en vez de dominarlas.

Los departamentos del Mayenne y de Ille-et-Vilaine estaban mandados entonces por un viejo oficial que, al estudiar sobre el terreno la oportunidad de las medidas que se debían adoptar, intentó arrancar a la Bretaña sus contingentes, en especial el de Fougères, uno de los más temibles reductos de la chuanería. De este modo esperaba debilitar las fuercas de aquellos distritos amenazadores. El leal militar se amparó en las cláusulas ilusorias de la ley para afirmar que equiparía y armaría inmediatamente a los *reclutas* y que tenía a su disposición un mes de la soldada prometida por el gobierno a esas tropas excepcionales. Aunque la Bretaña se negaba entonces a efectuar cualquier clase de servicio militar, la operación, fiados los reclutas en aquellas promesas, dio resultados de momento y con tanta prontitud, que el mismo oficial se alarmó. Pero era uno de esos viejos perros de garita difíciles de sorprender. Tan pronto vio afluir al distrito una parte de los contingentes, sospechó algún motivo secreto en aquella reunión de hombres, tal vez acertó al pensar que lo que querían era procurarse armas. Sin esperar a los rezagados, adoptó entonces las oportunas medidas para tratar de retirarse a Alençon, a fin de aproximarse a zonas sometidas, aunque la creciente insurrección de aquellas regiones hacía que el éxito del proyecto fuese muy problemático. Ese oficial, que, según las instrucciones recibidas guardaba el más profundo secreto sobre los reveses de nuestros ejércitos y las noticias poco tranquilizadoras procedentes de la Vendée, había intentado, la mañana en que comienza esta historia, llegar a marchas forzadas a Mayenne, donde se proponía hacer cumplir la ley según su antojo, llenando los cuadros de su media brigada con los *quintos* bretones. Esta palabra de "quinto", que más tarde se hizo tan célebre, había reemplazado por

primera vez, en las leyes, al nombre de "alistado" dado al principio a los reclutas republicanos.

Antes de salir de Fougères, el comandante hizo que sus soldados cogieran en secreto los cartuchos y las raciones de pan necesarias para todos ellos, a fin de no llamar la atención de los quintos sobre la longitud del camino, y esperaba no detenerse en la etapa de Ernée, donde, recobrados de su asombro, los hombres que formaban el contingente hubieran podido ponerse de acuerdo con los chuanes, sin duda esparcidos por la campiña vecina. El sospechoso silencio que reinaba entre la tropa de reclutas, sorprendidos por la maniobra del viejo republicano, y la lentitud de su marcha por aquel monte, despertaban en grado sumo la desconfianza de ese jefe de media brigada, apellidado Hulot. Los rasgos de más relieve de la descripción anterior tenían un vivo interés para él, y andaba silenciosamente, rodeado por cinco jóvenes oficiales que respetaban la preocupación de su jefe. Pero en el momento en que Hulot llegó a la cumbre de la Pèlerine, volvió de pronto la cabeza, como por instinto, fijándose en los rostros inquietos de los reclutas, y no tardó en romper el silencio. Efectivamente, el retraso paulatino de aquellos bretones ya había interpuesto entre ellos y su escolta una distancia aproximada de doscientos pasos. Hulot hizo entonces una mueca que le era muy peculiar.

—¿Qué diablos les pasa a estos gomosos? —exclamó con voz recia—. ¡Me parece que nuestros quintos cierran el compás en vez de abrirlo!

Al oír estas palabras, los oficiales que le acompañaban se volvieron con un movimiento espontáneo muy parecido al brusco sobresalto que causa un ruido repentino. Los sargentos y los cabos les imitaron y la compañía se detuvo sin haber escuchado la deseada orden de alto. Si bien de momento los oficiales lanzaron una mirada al destacamento que, semejante a una larga tortuga, escalaba el monte de la Pèlerine, aquellos jóvenes, a quienes la defensa de la pa-

tria había interrumpido, como en tantos otros, unos estudios distinguidos, y en los que la guerra aún no había extinguido el sentimiento de las artes, se quedaron bastante sorprendidos ante el espectáculo que se ofrecía a sus miradas, como para dejar sin respuesta una observación cuya importancia desconocían. Aunque viniesen de Fougères, donde el cuadro que se presentaba a sus ojos podía verse igualmente, pero con las diferencias que el cambio de perspectiva les hacía sufrir, no pudieron evitar admirarlo por última vez, como hacen esos *dilettantes*, a los que una música produce tanto mayor gozo cuanto mejor conocen sus detalles.

Desde la cumbre de la *Pèlerine* se abre ante el viajero el gran valle de Couësson, en uno de cuyos puntos culminantes, hacia el horizonte, se levanta la villa de Fougères.

Desde lo alto del peñasco que le sirve de base, el castillo domina tres o cuatro rutas importantes, posición que en otros tiempos hacía de él uno de los puntos claves de la Bretaña. Desde allí los oficiales distinguieron en toda su extensión aquella cuenca, tan notable por la prodigiosa fertilidad de su suelo como por la variedad de sus aspectos. Alzábanse por doquier montañas de esquisto formando anfiteatro, con sus flancos rojizos poblados de encinas y ocultando en sus vertientes frescas hondonadas. Aquellas rocas describen un vasto recinto, circular en apariencia, en cuyo fondo se extiende lánguidamente una inmensa pradera dibujada como un jardín inglés. La multitud de setos vivos que rodean las irregulares y numerosas haciendas, con árboles todas, dan a esta alfombra de verdor una singular fisonomía entre los paisajes de Francia, y encierra fecundos secretos de belleza en sus múltiples contrastes, cuyos efectos son tan grandes que incluso impresionan a las almas más frías. En aquellos momentos, el panorama estaba animado por ese brillo fugaz con que a veces la naturaleza se complace en realzar sus imperecederas creaciones. Mientras el destacamento atravesaba el valle, el sol naciente di-

sipó con lentitud esos vapores blancos y ligeros que, en las mañanas de septiembre, revolotean sobre los prados. En el instante en que los soldados se volvieron, pareció que una mano invisible le quitase al paisaje el último velo con que lo había envuelto, unas brumas finas, semejantes a la capa de gasa diáfana que cubre las piedras preciosas y a través de la cual excitan la curiosidad. En el vasto horizonte que los oficiales abarcaron con la mirada, no había en el cielo la más ligera nubecilla que pudiese hacer creer, por su claridad plateada, que aquella inmensa bóveda azul fuese el firmamento. Más bien era un dosel de seda sostenido por las cumbres desiguales de las montañas y alzado en los aires para proteger el magnífico conjunto de campos, de praderas, de arroyos y de boscajes.

Los oficiales no se cansaban de contemplar aquel espacio donde brotaban tantas bellezas campestres. Unos vacilaban largo rato antes de detener su mirada en la sorprendente multiplicidad de bosquecillos, a los que las tonalidades severas de algunas espesuras amarillentas enriquecían con los colores del bronce y que el verde esmeralda de los prados, irregularmente cortados, resaltaba todavía más. Otros se prendaban de los contrastes ofrecidos por campos rojizos, en los que el alforfón segado se alzaba en gavillas cónicas parecidas a los pabellones de fusiles que los soldados levantaban en el vivac, y separados por otros campos que doraban las rastrojeras del centeno segado. Aquí y allá, la pizarra negruzca de algunos techos de los que se elevaba una blanca humareda, y más allá, las zanjas vivas y plateadas producidas por los sinuosos arroyos del Couësnon atraían la mirada por medio de esos efectos de óptica que dejan el alma indecisa y soñadora, sin que uno sepa por qué. La frescura embalsamada de las brisas de otoño y el fuerte aroma de los bosques flotaban como una nube de incienso que embriagaba a los admiradores de aquella hermosa comarca, quienes contemplaban embelesados sus flores desconocidas, su pujante vegetación y su verdor, el